



Los neofascismos mediatizados y “mid cult” como lógica política (y cultural) del lumpen-capitalismo latinoamericano

RODOLFO GÓMEZ*

INTRODUCCIÓN

El título parafrasea al empleado por Fredric Jameson (1998) para describir al “posmodernismo” (como lógica cultural del capitalismo tardío). Nuestra perspectiva aquí no deja de reconocer la deuda con ese gran crítico cultural estadounidense, pero tampoco respecto de otro autor, que hizo parte de la llamada teoría de la dependencia –menos revisitado por estas épocas– como André Gunder Frank¹. Quién supo hacer suya la noción marxiana de “lumpenproletariado”, promediando la década del sesenta del siglo XX, pero no para caracterizar a ese sector de las clases populares sino para hacerlo con la burguesía latinoamericana, a la que llamó “lumpen-burguesía”, asociándola con un modo de desarrollo económico en la periferia capitalista que denominó “lumpen-desarrollo”.

En el caso de este breve trabajo, intentaremos retomar algunos de estos planteos, para extender el empleo de la noción de “lumpen”, originalmente asociada a su uso marxiano en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1975), ya no solamente a la burguesía latinoamericana o a los modos de desarrollo económico que promovió en el siglo XX, sino al conjunto del funcionamiento capitalista. De allí la denominación de “lumpen” capitalismo que utilizamos.

Sin embargo, el empleo de esta noción no supone que, a nuestro juicio, se hubiera producido un cambio sustantivo en el modo de funcionamiento del capitalismo descrito por Marx. Al contrario, lo que vamos a defender aquí es que el capitalismo sigue siendo una “totalidad” (aunque –como diría Adorno– se presente como una falsa totalidad) que se expresa en diferentes formas dinámicas y contradictorias, derivadas de la contradicción entre el capital (entendiendo al “capital” desde un punto de vista amplio) y el trabajo (también entendido en un sentido amplio) a lo largo de diferentes momentos históricos. Esto es, que el capitalismo muta en sus “formas” pero no en la sustancia explotadora del “capital” sobre el “trabajo”.

La hipótesis que guía este artículo supone que actualmente el capitalismo asume una “forma” general de características lumpen, que expresa la crisis de su “forma” neoliberal previa, y que es esta nueva forma la que promueve la emergencia de movimientos políticos derechistas radicalizados en América Latina (Bolsonaro en Brasil, Milei en Argentina, etc.) e incluso en otros países (Trump en USA, Meloni en Italia), a los que definimos como “neofascistas” mediatizados y mid-cult. Es decir, como una “forma” política, y también cultural, que –al igual que sus antecedentes del siglo XX– busca promover la reproducción capitalista.

1 En un artículo reciente Pablo Dávalos (2023) retoma el trabajo de Gunder Frank sobre el “lumpendesarrollo” latinoamericano para explicar que el modo de acumulación capitalista en Ecuador tiene características “lumpen”. Dado que dicho modo de acumulación, para Dávalos, está atravesado por una lógica del narcotráfico, favorecida por la dolarización de la economía ecuatoriana.

* Miembro de los Grupos de Trabajo CLACSO “El estado como contradicción” y “Comunicación, culturas y política”. Integrante de la Dirección de Investigación de CLACSO.

LOS FASCISMOS, LAS DICTADURAS DEL CAPITALISMO Y LAS FUNCIONES DE “LO LUMPEN”

Si bien algunos autores (por ejemplo, Morresi, 2023) brindan buenas razones para no caracterizar a estas nuevas “formas” políticas de derecha radicalizada como fascistas, en nuestro caso nos valdremos del prefijo “neo” para dar cuenta de las diferencias entre estos “nuevos” movimientos o partidos políticos y los fascismos históricos, sobre todo europeos. Consideraremos para ello algunos trabajos previos que analizaron a los fascismos europeos del siglo XX, como los de Trotsky (2019), Gramsci (2003), Horkheimer (2006) o Poulantzas (1998), para mostrar ciertas líneas de continuidad en el plano ideológico o bien de las prácticas políticas. Aunque, sobre todo, intentaremos mostrar que esta caracterización de “neo”, se sostiene a partir de cambios en las “formas” de funcionamiento del capitalismo, donde estos nuevos fascismos del siglo XXI, vienen a cumplir –a pesar de las diferencias– una función similar de conservación capitalista como la que cumplió el fascismo europeo en el siglo XX.

En efecto, si entendemos que el capitalismo es un “sistema” total de dominio que se expresa en distintas “formas” en el conjunto de las esferas de funcionamiento social (socio-económicas, políticas, culturales, etc.), resultantes de la lucha de clases, esto es, del conflicto entre capital y trabajo, en un momento histórico –y en cierto lugar– determinado; podemos definir, por ejemplo, a los fascismos europeos del siglo XX como una determinada “forma”, excepcional según Poulantzas, de régimen político y de Estado capitalista.

Trotsky es quien define sin ambages al fascismo como una “forma” política dictatorial, determinada por una cierta instancia histórica de la lucha de clases, que asume el capitalismo como modo de disciplinamiento de las masas, es decir, de las clases trabajadoras en Europa (particularmente en Italia y Alemania), cuya función principal es el horizonte de reproducción capitalista como totalidad. Una definición a la que Gramsci le sumará el planteo que estas “formas” políticas capitalistas asumirán también, y al mismo tiempo, ciertas características hegemónicas (capitalistas, dominantes), consensuales al mismo tiempo que represivas.

En un sentido similar es que en 1940 Horkheimer, basándose en la teoría del capitalismo monopolista de Estado de Pollock, definirá al “Estado autoritario” como una “forma” política de dominación donde se articulan lo económico con lo ideológico, y donde las industrias culturales y los medios masivos adquieren una funcionalidad importante.

Algo sobre lo que llamará también la atención Poulantzas (1998) en su minuciosa descripción de los fascismos italiano y alemán. Para el autor greco-francés, los fascismos son regímenes políticos capitalistas de excepción en el marco de un proceso de transición desde las primeras formas capitalistas hacia su estadio imperialista, y son además producto de la derrota de las clases trabajadoras y populares, por parte de las clases dominantes capitalistas. Fue a partir de aquí que el fascismo supuso una articulación hegemónica de ideologías provenientes de sectores capitalistas agrarios conservadores, de pequeños y grandes propietarios, de sectores sociales desocupados y de sectores peque-

ño burgueses, comandados por los intereses de los grandes capitales monopolistas. En cierto modo, con similitudes con el proceso descrito por Marx en *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, aunque con las diferencias que se fueron produciendo en el paso de un mundo burgués en desarrollo a una sociedad capitalista consolidada, donde las clases trabajadoras y populares, como así las clases capitalistas, fueron asumiendo características más bien homogéneas.

Desde ese temprano ejemplo histórico analizado por Marx promediando el siglo XIX pudo verse la emergencia de un liderazgo político caracterizado como "lumpen", que llegó al gobierno a partir de una retórica de la nación-potencia, logrando la articulación de sectores del lumpenproletariado con la pequeña burguesía y con los campesinos parcelarios. Punto de apoyo del posterior golpe de Estado de Bonaparte, que consolidó el dominio político para el desarrollo capitalista posterior. Una serie de características que coinciden parcialmente con las que describe Poulantzas para el fenómeno fascista ya en el siglo XX, con un capitalismo consolidado pero en vías de cambio hacia lo que denomina su "fase imperialista".

Pero más allá de ciertas discusiones que podrían plantearse respecto de la noción de "imperialismo" (aún la leninista²), nos interesa remarcar que tanto en el proceso descrito por Marx como en el descrito por Poulantzas, se trataba de gestionar el control político de las masas en el marco de dos situaciones diferentes de cambio de "formas" promovidas por el mismo capitalismo.

Poulantzas ve aquí, durante la crisis política que se deriva de ese cambio de "forma" capitalista que supuso el cuestionamiento a su primera fase liberal, la búsqueda por parte de las clases dominantes de promover ese nuevo régimen político, de excepción, que fue el fascismo.

Agotadas las posibilidades políticas democráticas "reformistas" de conciliación de clases y luego de una serie de derrotas de las clases trabajadoras y populares tanto en Alemania como en Italia, el fascismo resultó ser la "forma" política resultante que permitió el control de esas masas trabajadoras y populares –más homogéneas– en el marco de un cambio en el modo de acumulación. "Forma" política, y también cultural, donde "lo lumpen", articulado con las ideologías de los sectores medios, como en el caso del bonapartismo, cumplió una función de importancia.

Ahora bien, si en Europa el fascismo resultó ser la "forma" política que asumió el capitalismo en ese momento histórico de la lucha de clases, es decir, un tipo de régimen político que buscó disciplinar a las masas trabajadoras y populares a través de mecanismos tanto represivos como hegemónicos, en América Latina esa "forma" dictatorial fue diferente, porque aquí las clases dominantes, como sostuvo Lechner (1977), promovieron más represión que hegemonía, entre otras cosas porque las sociedades capitalistas latinoamericanas del siglo XX fueron sociedades donde –a diferencia de Europa o los Estados Unidos (donde se observaba cierta homogeneidad)– se hacía presente, entre las clases trabajadoras y populares, una heterogeneidad estructural (también Lechner, 1977).

Este carácter no hegemónico de las clases capitalistas dominantes en América Latina, que supuso una suerte de carácter de "no clase" o de clase dependiente también de los intereses del capital extranjero, y que generó la presencia de "formas" políticas inestables, tanto en el caso de las propias dictaduras como en el de las democracias formales; es lo que hizo que Gunder Frank (1973) hablara de una "lumpenburguesía" como así de un "lumpendesarrollo". Aunque esa característica inestabilidad política también estuvo signada por el desarrollo de la lucha de clases en la región, por la acción contestataria que llevaron adelante las clases trabajadoras y populares articuladas, aún a pesar de la heterogeneidad estructural indicada.

Es así que la "forma" política no hegemónica que encontraron estas clases -lumpen- capitalistas dominantes de controlar a las masas trabajadoras y populares fueron las dictaduras cívico militares, que, en todos los casos, fueron a la vez –como los fascismos europeos– "formas" políticas dictatoriales capitalistas. Aunque en ese momento histórico, a pesar de la característica lumpen de las clases capitalistas dominantes, por la propia resistencia que estas dictaduras encontraron en unas clases trabajadoras y populares todavía notablemente articuladas, no podemos hablar todavía de lumpen-capitalismo. Lo más propio para ese entonces sería hablar de una "forma" de capitalismo latinoamericano sub-desarrollado, periférico o "populista"³. "Forma", esta última, de capitalismo que será la que buscarán desterrar de la región las últimas dictaduras cívico-militares (también capitalistas) de mediados de los años setenta.

Cuestión que, por otro lado, indica que las "formas" políticas populistas (o aún las desarrollistas) fueron hasta la década del setenta las que encarnaron en América Latina el intento hegemónico reformista del compromiso de clase entre capitalistas y trabajadores y no –más allá de

la retórica conservadora o bien nacionalista– la "forma" política no hegemónica que defendían las clases dominantes –lumpen- capitalistas latinoamericanas.

LO "LUMPEN" Y "MID CULT" COMO "FORMAS" DEL CAPITALISMO MEDIATIZADO LATINOAMERICANO ACTUAL

La descripción mencionada de Frank, asimilable al capitalismo latinoamericano de las décadas del sesenta y setenta; va a modificarse radicalmente a partir de la irrupción de las últimas dictaduras cívico militares de mediados de la década del setenta. Regímenes que fueron los encargados de llevar adelante la transformación capitalista que supuso el paso de la "forma" sub-desarrollada o populista del capitalismo a su "forma" neoliberal-conservadora.

Estas últimas dictaduras se propusieron transformar de manera total, el funcionamiento previo del capitalismo latinoamericano, de modo tal que no fuera posible ninguna vuelta atrás ni regresara cuestionamiento alguno al capitalismo. Para ello no sólo fue necesaria una política represiva sino además una política económica reestructuradora de las relaciones de fuerza social, políticas y culturales; a partir de las cuáles se pudieran llevar adelante toda una serie de políticas culturales y comunicacionales. En Argentina, Adrián Piva (2020), dio cuenta de las transformaciones de la estructura de clases y de la estratificación de la sociedad capitalista nacional entre 1947 y 2019. Concluyó allí que durante el período de la última dictadura se produjo una profunda modificación de la relación de fuerzas entre las clases sociales, donde se observó una disminución de la clase obrera industrial y una ruptura de su identidad de clase, a partir del crecimiento del cuentapropismo y del impulso del sector servicios, una reducción y concentración de las clases dominantes, un crecimiento de los sectores medios (mid cult) y una fuerte suba de la desocupación.

Este proceso, que Piva describe para la Argentina, también tuvo lugar en el Chile de Pinochet, y en el resto de los países donde se instauraron dictaduras militares de similares características, esto es, en Uruguay, en Brasil, en Bolivia, en Centroamérica (con las diferencias del caso, dadas las características de los países mencionados). Y dio lugar a la emergencia de "formas Estado" burocráticas autoritarias (O'Donnell, 2023), pero donde se hizo presente además un fuerte componente informacional y comunicacional, en el mismo sentido que lo planteaba la doctrina de inteligencia militar conocida como Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), tal como detalla Risler (2018) –también– para el caso argentino.

La transformación totalizadora de las sociedades capitalistas latinoamericanas que operó desde mediados de la década del setenta a partir de las últimas dictaduras en Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia; tuvo su correlato en otros países –como México, Ecuador, Venezuela, Perú– bajo regímenes políticos democrático-formales. Y supuso en todos los casos, siguiendo a Poulantzas (2007, México, Siglo XXI), un proceso de concentración de las clases dominantes capitalistas y de disgregación y fragmentación de las clases trabajadoras y populares.

Un proceso que implicó que los Estados capitalistas emergentes a posteriori de las dictaduras, llevaran a cabo estas funciones (organización de las clases dominantes y desorganización de las subalternas) también a partir de una mayor incidencia de los medios masivos de comunicación y de la industria cultural que se fueron expandiendo en la región latinoamericana. En consonancia con esas dos funciones desplegadas por los Estados capitalistas, los medios masivos de comunicación desplegaron en cambio otras funciones, originalmente relevadas en las décadas del cuarenta y cincuenta en los Estados Unidos (Lasswell, 1986; Lazarsfeld y Merton, 1986; Klapper, 1960; Wright, 1986), de compulsión de normas sociales, de control social y de entretenimiento, que implicaron la configuración de una cultura mediática "mid cult" (MacDonald, 1974 y Eco, 1997), que transformó por igual la cultura de elite como así también las culturas populares. Esto quiere decir que una vez modificadas las relaciones de fuerza por parte de las últimas dictaduras, se volvió posible en los regímenes políticos democrático formales posdictatoriales la incidencia de los medios masivos y de la cultura de masas –mid cult– sobre aquellos sectores sociales que, como el lumpen (Marx, 1975)⁴, los cuentapropistas y las clases medias, se encontraban "disponibles" ideológicamente.

Esta discursividad "media" o "mid-cult", que no es ni de derecha ni de izquierda (no es casual la presencia de este rasgo también en el discurso posmodernista), emerge como construcción ideológica dominante– en los años de la "transición democrática" en América Latina. Los medios masivos de comunicación y la industria cultural, a partir de aquí (con la presencia de las mencionadas funciones –control social, entretenimiento, etc.) comenzaron a cumplir de modo eficiente la función de equilibradores sociales en pos de la reproducción de la sociedad capitalista en su conjunto, en el marco de una nueva "forma"

2 Si bien Lenin refiere al imperialismo como una "etapa superior" del capitalismo, algunas de sus explicaciones pueden contradecir el funcionamiento de la ley del valor formulada por Marx. Para una discusión al respecto cfr. Astarita (2006).

3 En un temprano artículo, Horacio Tarcus (1992) caracterizó como "populista" la forma-Estado que entró en crisis en Argentina promediando la década del ochenta del siglo XX, a partir de la última dictadura militar de 1976, pero que consolidó su cambio en 1990, en vigencia del régimen político democrático.

4 En su texto *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* caracteriza Marx al "lumpenproletariado" como un sector social desclasado, plausible de ser cooptado por Bonaparte a cambio de "aguardiente y salchicón". Esta actitud de –un lumpen- Bonaparte para con el lumpenproletariado (y la pequeña burguesía y los pequeños propietarios rurales) contrasta con la adoptada frente al proletariado que, con las vicisitudes que va detallando Marx en el libro, opera de una manera más conflictiva, cohesionada y atenta a sus propios intereses. Por supuesto, en un determinado momento histórico de las relaciones de fuerza entre las clases sociales.



política representativa, la democracia capitalista. Más funcional para la resolución de conflictos que los previos regímenes de facto.

La discursividad sustentada en la “objetividad” y el “equilibrio”, impuso un punto de vista donde se igualaban las diferencias de clase a partir de la figura del “ciudadano”, y supuso que todo enfrentamiento se daba –de manera abstracta– en igualdad de condiciones⁵. Favoreciendo el triunfo posterior de las clases capitalistas dominantes que tuvo lugar en los gobiernos del “consenso de Washington”, como los de Fujimori en Perú, Menem en Argentina, Lacalle y Battle en Uruguay, Collor de Melo y Cardoso en Brasil, Bucarám o Mahuad en Ecuador, Sánchez de Lozada en Bolivia, Salinas de Gortari en México, etc.

Bajo estas nuevas condiciones del capitalismo la década del noventa fue la década de la hegemonía neoliberal-conservadora (Bonnet, 2008). La novedad resultó por entonces esta posibilidad hegemónica de las clases capitalistas dominantes en un marco democrático sin que esto implicara recurrir al tradicional dominio militar. Pero esto fue posible no porque el propio desarrollo de una nueva “forma” capitalista hubiera modificado las características “lumpen” que Gunder Frank describió en las clases dominantes latinoamericanas ya durante los años sesenta y setenta (tanto Menem como Fujimori fueron cabales representantes de esa burguesía “lumpen”), sino al revés, porque esta característica “lumpen”, desclasada y ahora mid cult, se extendió también hacia los sectores medios, los cuentapropistas, los desocupados; esto es, hacia un amplio espectro de la población. Que de este modo quedaba disponible respecto del “formateo” discursivo dominante de los medios masivos de comunicación y la industria cultural, dos de las más importantes “formas” culturales que asumieron las sociedades capitalistas de masas, a la sazón, sociedades mediatizadas que debían equilibrar el funcionamiento social para estabilidad capitalista.

Sin embargo, esta “forma” hegemónica –la única forma hegemónica dominante que logró consolidarse en América Latina– comenzó a ser cuestionada a la luz de sus desastrosos resultados económicos y sociales. Cuestión que llevó a la rearticulación de las distintas clases trabajadoras y de los movimientos sociales y populares afectados por las políticas económicas neoliberales del gran capital dominante, y al enfrentamiento social, político y cultural contra esas mismas clases capitalistas.

Resultó interesante observar durante ese momento el rol asumido por los medios masivos de comunicación y la industria cultural. Porque si estas “formas” culturales habían apoyado inicialmente a los gobiernos neoliberal conservadores; a medida que éstos últimos fueron perdiendo consenso los cuestionaron, dado que comenzaron a vislumbrarse tanto las limitaciones de las políticas neoliberales como así las muchas disfuncionalidades que generaban (como la aparición de conductas anómicas, derivadas a la vez del crecimiento de la desocupación y de la subocupación, como así del conflicto social).

Cobró forma aquello que Thwaites Rey (2016) denominó “ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina” (CINAL), que se manifestó –más allá de los medios masivos– con la emergencia del zapatismo en un temprano 1994, con el derrocamiento del presidente Bucaram por parte de los movimientos sociales e indígenas ecuatorianos en 1997, con la elección de Hugo Chávez en la Venezuela de 1998, con la revuelta que forzó la renuncia del presidente De la Rúa en diciembre de 2001 en Argentina, con la elección de Lula en 2002 en Brasil y con el derrocamiento del presidente Sánchez de Lozada en 2003 por parte de los movimientos sociales bolivianos, entre otros hechos notables.

Sin embargo, la crítica a la “forma” neoliberal del capitalismo, por parte de algunos de estos movimientos protagonistas del CINAL, no implicaron necesariamente una crítica al propio capitalismo. De modo que los posteriores movimientos políticos progresistas cuestionadores del neoliberalismo (Chávez en Venezuela, Lula en Brasil, Kirchner en Argentina, Morales en Bolivia, Vázquez en Uruguay, etc.), buscaron llevar adelante tipos de políticas que podríamos denominar genéricamente “posneoliberales”, pero entendiendo que el “posneoliberalismo” era la nueva “forma” que asumía la dinámica de lucha de clases, esto es, del enfrentamiento entre capital y trabajo en la región y en ese momento histórico preciso.

Ahora bien, una vez entrada en crisis la hegemonía de la “forma” neoliberal conservadora del capitalismo e instalados en los gobiernos democráticos fuerzas progresistas que intentaban llevar adelante políticas posneoliberales, se produjo un fenómeno de institucionalización de los movimientos sociales que habían protagonizado el CINAL (los movimientos de desocupados, indígenas, feministas, ecologistas, decoloniales, etc.), y cuya consecuencia fueron los límites que comenzaron a observarse en esos mismos gobiernos progresistas, que no lograron establecer una hegemonía perdurable para las políticas posneoliberales (esto es, una hegemonía que articule un nuevo modo de acumulación diferente del neoliberal). Los límites de las políticas públicas posneoliberales, que buscaron establecer algún tipo de regulación al funcionamiento del capitalismo, comenzaron a ser cuestionadas por los grandes capitalistas, y este cuestionamiento recibió un eco importante en los medios masivos de comunicación –a los que debiéramos

⁵ Un buen ejemplo de esta discursividad de la “transición” y de su intento por igualar “corporativamente” a las organizaciones de clase (empresarias y sindicales), lo encontramos en Portantiero y Nun (1988).

agregar ahora las diferentes redes sociales- y en la industria cultural, que pasaron del cuestionamiento a las consecuencias disfuncionales del neoliberalismo al cuestionamiento de los límites que establecían las políticas posneoliberales al despliegue de la “libre” acumulación capitalista.

Porque cuando los gobiernos posneoliberales, en este marco de juego de fuerzas equilibrado, intentaron llevar adelante políticas progresistas, los medios masivos de comunicación dominantes (sobre todo los broadcasting) comenzaron a desarrollar un tipo de función que en un trabajo anterior (Gómez, 2018) denominamos “destituyente”, ya que supuso una participación importante de estas “formas” culturales massmediáticas capitalistas en los llamados “golpes blandos” (Honduras en 2009, Paraguay en 2012, Brasil en 2016, Bolivia en 2019). Aquí es cuando los medios masivos abandonaron su anterior función equilibradora para pasar a jugar un rol de oposición franca (un conocido periodista del multimédios más importante de la Argentina reconoció que se hizo “periodismo de guerra”, en referencia a este nuevo rol y a esta nueva función) a todo gobierno que buscara limitar, aunque sea de manera muy tibia, la ganancia y rentabilidad capitalista en general. Lo que mostraba que para el gran capital ya no era necesario tener que recurrir a golpes militares para desplazar gobiernos “incómodos” a sus propios intereses dominantes. Bastaba con recurrir a la incidencia discursiva de estos medios en conjunción con la acción del poder judicial -y político- para ello.

Esto muestra que, si las dictaduras cívico militares –cuya función fue idéntica a la cumplida por los fascismos europeos– fueron las “formas” políticas que surgieron en América Latina como modo de controlar y encauzar a las masas al interior de la institucionalidad capitalista, en el marco de una “forma” capitalista general de características desarrollistas o populistas hasta mediados de la década del setenta; estos procesos hoy día se pueden llevar a cabo a través de una “forma” política como la democracia capitalista. Aunque luego de ciertas modificaciones que debieron desarrollarse en estas mismas “formas” políticas –incluso las estatales– de funcionamiento, sobre todo en el plano discursivo, que ahora incorporan elementos comunicativos públicos poco preocupados por la justificación racional y que resultan francamente “lumpen”, junto con una contrapartida represiva, que rememora de modo notable algunas de las viejas prácticas persecutorias de la disidencia y no hegemónicas de aquellas últimas dictaduras.

Para William Davies (2016) se trata de la tercera fase que asume el neoliberalismo a partir de la crisis capitalista de 2008 en adelante, que denomina de “neoliberalismo punitivo”, en la que observa no sólo rasgos represivos y sancionadores sino al mismo tiempo una completa falta de justificación y argumentación racional respecto de ese tipo de políticas. Lo que, agrega, supone un tipo de neoliberalismo represivo y al mismo tiempo “pos-hegemónico”⁶. Pero lo que resulta también interesante del planteo de Davies es la conexión entre este artículo y otro suyo posterior (2021), en el que describe al “capitalismo de plataformas”⁷ como aquel que promueve la emergencia de tipos de discursos polarizadores, binarios (digitales), que no presentan prácticamente ningún tipo de construcción argumental satisfactoria.

Un análisis que coincide con lo que aquí estamos presentando, aunque Davies considere más el funcionamiento del capitalismo en los países desarrollados que la especificidad latinoamericana, donde el cuestionamiento al neoliberalismo dio lugar a la emergencia de gobiernos que buscaron implementar políticas posneoliberales. De modo tal que la reacción neoliberal conservadora actual en América Latina contra esas políticas posneoliberales asume una característica tan reaccionaria y radicalizada que se acerca por su virulencia a un neofascismo, aunque se trate de uno mediatizado e institucionalizado a través de los vericuetos de las actuales democracias capitalistas.

NEOFASCISMOS MEDIATIZADOS Y MID CULT EN EL MARCO DEL LUMPEN CAPITALISMO

Nos encontramos hoy en un momento latinoamericano (aunque podría ser extensible, con ciertas diferencias, a otros continentes), en el que la crisis de la “forma” neoliberal conservadora capitalista no llevó a la consolidación posterior de una nueva “forma” –hegemónica– posneoliberal del capitalismo, pero que tampoco puede implicar un regreso a “formas” neoliberales previas. Esta actualidad es la que explica por qué hoy las clases capitalistas dominantes –que tanto en América Latina como ahora en Europa y USA exhiben notables características “lumpen”, como lo grafica de modo paradigmático el discurso del presidente anarcocapitalista argentino Milei– se encuentran desarrollando un esquema de ensayo-error (Bonnet y Alvarez Huwiler, 2022) en la búsqueda de recomponer una hegemonía neoliberal conservadora en crisis, cuyo retorno es inviable. De modo que la actual forma “lumpen” actual coincide con ese mencionado momento discursivo “poshegemónico” al que refería Davies.

La emergencia de las estas nuevas derechas radicalizadas latinoamericanas, poco preocupadas por construir demostraciones fácticas o

⁶ Sobre el concepto de “poshegemonía” ver Beasley-Murray (2010) y Starcenbaum (2016).

⁷ Srnicek (2018).

argumentos racionales, pero al mismo tiempo profundamente atravesadas por las lógicas mediáticas (no hay que olvidar que figuras como las de Bolsonaro y Milei, como así otras como las de Macri o el propio Trump, crecieron a la luz de los medios masivos de comunicación “tradicionales” o de las nuevas redes sociales; propalando gran cantidad de fake news), motivo por el que las definimos como neofascismos mediatizados y mid cult; son la respuesta extrema que brinda el capital dominante “lumpen” a una mayoría social que también asume características ideológico-culturales “lumpen”, desclasadas, de gran disponibilidad ideológica. Ya no se trata, como en el momento de la hegemonía neoliberal conservadora del triunfo del “fin de la historia” o del triunfo del discurso “yuppie” –posmoderno, cínico- del pleno presente (capitalista), como nos muestra Grüner (2022). Se trata del triunfo de un capitalismo que busca legitimarse sin legitimación, es decir, a través del discurso “lumpen”, presente -sobre todo- en medios masivos como la televisión (el medio masivo broadcasting con mayor penetración y presencia en toda la región) o las redes sociales (Facebook, X –Twitter- o Instagram), pero que se encuentra además en la discursividad política dominante (mediatizada) y en el conjunto de la sociedad actual.

Aunque vale, por último, recordar el carácter fetichista e ideológico del discurso “lumpen” que se extiende a la totalidad social (como la “falsa totalidad” a la que refiere Adorno), porque a pesar del mismo –o mejor, a través del mismo es que- las clases capitalistas nunca dejan de defender sus intereses, a diferencia de las clases trabajadoras y populares que terminan apostando en contra del mismo. ¿No será hora de retomar la vieja pregunta que se hacía en los años setenta Goran Thernborn (1987) sobre el modo en el que siguen dominando las clases –capitalistas- dominantes?

BIBLIOGRAFÍA

- Astarita, Rolando (2006), Valor, mercado mundial y globalización, Kaicron.
- Beasley-Murray, Jon (2010), Posthegemonía: teoría política y América Latina, Paidós.
- Bonnet, Alberto y Alvarez Huwiler, Laura (Comps.) (2022), Crítica de las políticas públicas, Prometeo.
- Bonnet, Alberto (2008), La hegemonía menemista, Prometeo.
- Dávalos, Pablo (2023), Ecuador: Anomía, Estado fallido y lumpen-acumulación. Una lectura desde el marxismo, Buenos Aires, CLACSO. Disponible en <https://www.clacso.org/ecuador-anomia-estado-fallido-y-lumpen-acumulacion-una-lectura-desde-el-marxismo/>
- Davies, William (2021), “La política del reconocimiento en la era de las redes sociales” en *New Left Review* N° 128.
- Davies, William (2016), “El nuevo neoliberalismo”, en *New Left Review* N° 101.
- Eco, Umberto (1997), Apocalípticos e integrados, Lumen.
- Gómez, Rodolfo (2018), ¿Constituyente o destituyente? El rol de los medios masivos de comunicación en las democracias latinoamericanas. En Saintout, Florencia (Introd.), Comunicación para la resistencia (pps.55-87), CLACSO.
- Gramsci, Antonio (2003), Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, Nueva Visión.
- Grüner, Eduardo (2022), Lo sólido en el aire. El eterno retorno de la crítica marxista, CLACSO.
- Gunder Frank, André (1973), Lumpenburocracia: lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica, Ediciones Periferia.
- Horkheimer, Max (2006), Estado autoritario, Itaca.
- Jameson, Fredric (1998), El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado, Paidós.
- Klapper, Joseph (1960), The effects of the mass communication, Glencoe, The Free Press.
- Lasswell, Harold (1986): “Estructura y función de la comunicación en la sociedad”, en De Moragas, Miguel (ed.) Sociología de la Comunicación de masas, Gustavo Gili.
- Lazarsfeld, Paul y Merton, Robert (1986), “Comunicación de masas, gusto popular y acción social organizada” en De Moragas, Miguel (ed.) Sociología de la Comunicación de masas, Gustavo Gili.
- Lechner, Norbert (1977), “La crisis del Estado en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 2, UNAM, pp. 389-426. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3539771>
- Marx, Karl (1975), El XVIII Brumario de Luis Bonaparte, Polémica.
- MacDonald, Dwight (1974), “Mass cult y mid cult” en Adorno, Theodor; Bell, Daniel; Horkheimer, Max; Lazarsfeld, Paul; MacDonald, Dwight; Merton, Robert; Shils, Edward, *Industria Cultural y Sociedad de Masas*, Monte Avila.
- Morresi, Sergio (2023), Argentina: “Milei es una derecha radicalizada, pero analizarla como fascismo me parece un error”. Entrevista. Disponible en: <https://sinpermiso.info/textos/argentina-milei-es-una-derecha-radicalizada-pero-analizarla-como-fascismo-me-parece-un-error>
- O'Donnell, Guillermo (2023), El estado burocrático-autoritario, Prometeo.
- Piva, Adrián (2020), “Clase y estratificación social en Argentina, 1947-2010”, en *Universitat Autònoma de Barcelona; Papers*; 105; 3; 389-419.
- Poulantzas, Nikos (2007), Poder político y clases sociales en el capitalismo contemporáneo, Siglo XXI.
- Poulantzas, Nikos (1998), Fascismo y dictadura, Siglo XXI.
- Risler, Julia (2018), La acción psicológica, Tinta Limón.
- Srnicek, Nick (2018), Capitalismo de plataformas, Caja Negra Editora.
- Starckenbaum, Marcelo (2016), “Poshegemonía. Notas sobre un debate” en *Políticas de la Memoria* N° 16, Cedinci-UNSAM.
- Tarcus, Horacio (1992), “La crisis del Estado populista: Argentina 1976-1990” en *Realidad Económica* N° 107, IADE.
- Thwaites Rey, Mabel (2016), La impugnación al neoliberalismo y su crisis, en *Dinamo* 5. Disponible en <http://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/la-impugnacion-al-neoliberalismo-y-su-crisis/>
- Thernborn, Goran (1987), ¿Cómo domina la clase dominante?, Siglo XXI.
- Trotsky, León (2019), Obras Escogidas. La Lucha contra el fascismo, Edicions Internacionals Sedov.
- Wright, Charles (1986), Análisis funcional y comunicación de masas, en De Moragas, Miguel (ed.), *Sociología de la Comunicación de masas*, Gustavo Gili.